

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

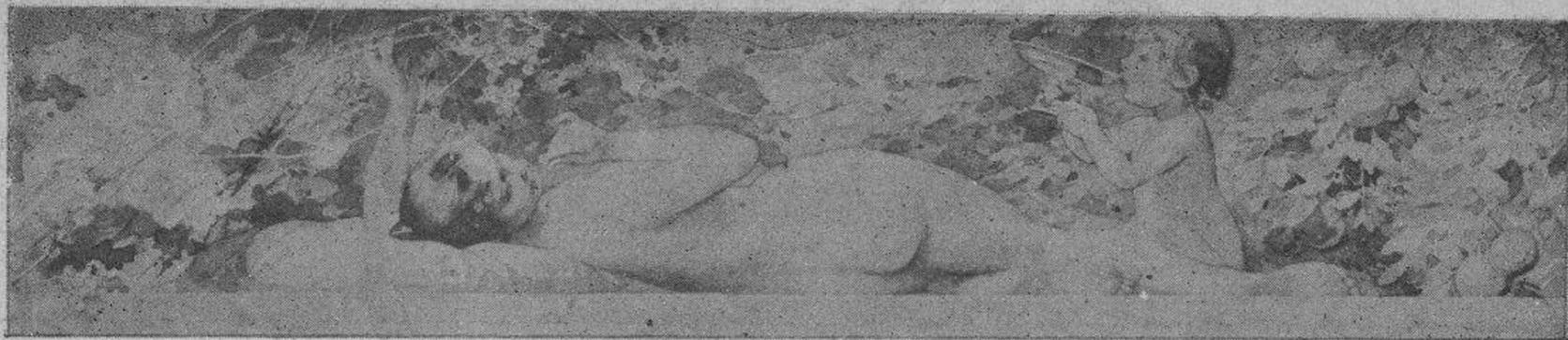
*Año VIII*

*Barcelona 25 de Febrero de 1897*

*Núm. 327*



Ruperto Chapí



## Palique

*Gedeón*, dice un día: «¿A qué no vuelve Clarín á cogerme ningún gazapo?»

Y en el número siguiente, dice *Gedeón*: «Clarín continúa dedicado á la fácil tarea de cogerle gazapos á *Geceón*».

Contradicción se llama esta figura.

Por supuesto que el que se contradice, y se pone serio y tristón (con la tristeza ridícula del payaso que llora *debajo* de los polvos de arroz y el colorete), no es *Gedeón*, ó sea el señor R., sino Calínez, ó sea el señor N.; un muchacho muy pedante y de carácter avinagrado.

¿Para qué se mete á gracioso el pobre N., si le falta correa y mundo; y, en cuanto le dan una leccioncita, se aturde y ya no da pie con bola y escribe, dejando las máscaras alegres, en estilo de *comunicado* ramplón?

Y dice N. que no quiere polémica con Clarín.

Que es como si un muchacho que vuelve de la escuela con las posaderas como tomates, dijera que no quería más polémicas con el maestro.

Usted, señor N., hará lo que el loro del portugués: ir á donde le lleven.

No es usted quien ha de avisar cuando ha juzgado el feo vicio de meterse con los mayores en edad, dignidad y gobierno.

Es muy fácil eso de reirse de hombres como Salmerón, Giner, Balart, para caer en gracia á los reaccionarios, y censurar á los preclaros varones citados, sin más que gratuitas afirmaciones, sin pruebas que justifiquen las censuras. Lo difícil es no encontrarse con la horma del zapato metiéndose en tales malandanzas.

También es fácil empeñarse en ridiculizar al señor Urrecha, sin por qué ni para qué, á no ser por una ruin venganza de antiguos desaires. El señor Urrecha tuvo que echar al cesto de los papeles inútiles, muchos artículos que el señor N. quería que le publicase el señor Urrecha en *Los Lunes del Imparcial*. *Inde ira*. Lo que es difícil, que estos trapitos no salgan á relucir tarde ó temprano.

\* \* \*

Para que vean ustedes la buena fe del tal pseudo-*Gedeón*:

Dice *Gedeón*: *banal*. Y digo yo: eso es un galicismo. Y replica *Gedeón*: es verdad, pero también emplea esa palabra don Fulano de Tal.

Y ese don Fulano... es un pariente de Clarín.

De modo que *Gedeón*, no pudiendo encontrar (porque busca mal), defectos de lenguaje en Clarín... se los busca... en la línea colateral.

Y el mejor día me echa en cara que tengo una criada que dice *haiga*.

La lógica de *Gedeón*, en este caso, censurándome á mí por galicismos... de mis parientes, es como la del lobo en la fábula de Fedro:

*Pater hercule tuus, inquit, maledixit mihi.*

La diferencia está en que yo no soy cordero ni N. es lobo.

¡Qué lobo!... Es... lo dicho: una *colección* de gazapos.

\* \* \*

En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que invitan á los *decadentes* franceses, y esas revistas, por lo general, son de insoportable lectura.

Peró hay una, que no es decadentista, titulada *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, que se publica en Montevideo, la cual es una honrosa excepción, por lo discreta,

seria, original é ilustrada. Trabaja en ella un señor don José Enrique Rodó, que es un crítico de cuerpo entero, que no está vinculado con ninguna de esas pestes pegajosas que tantos y tantos escritores jóvenes americanos llevan de París á su tierra.

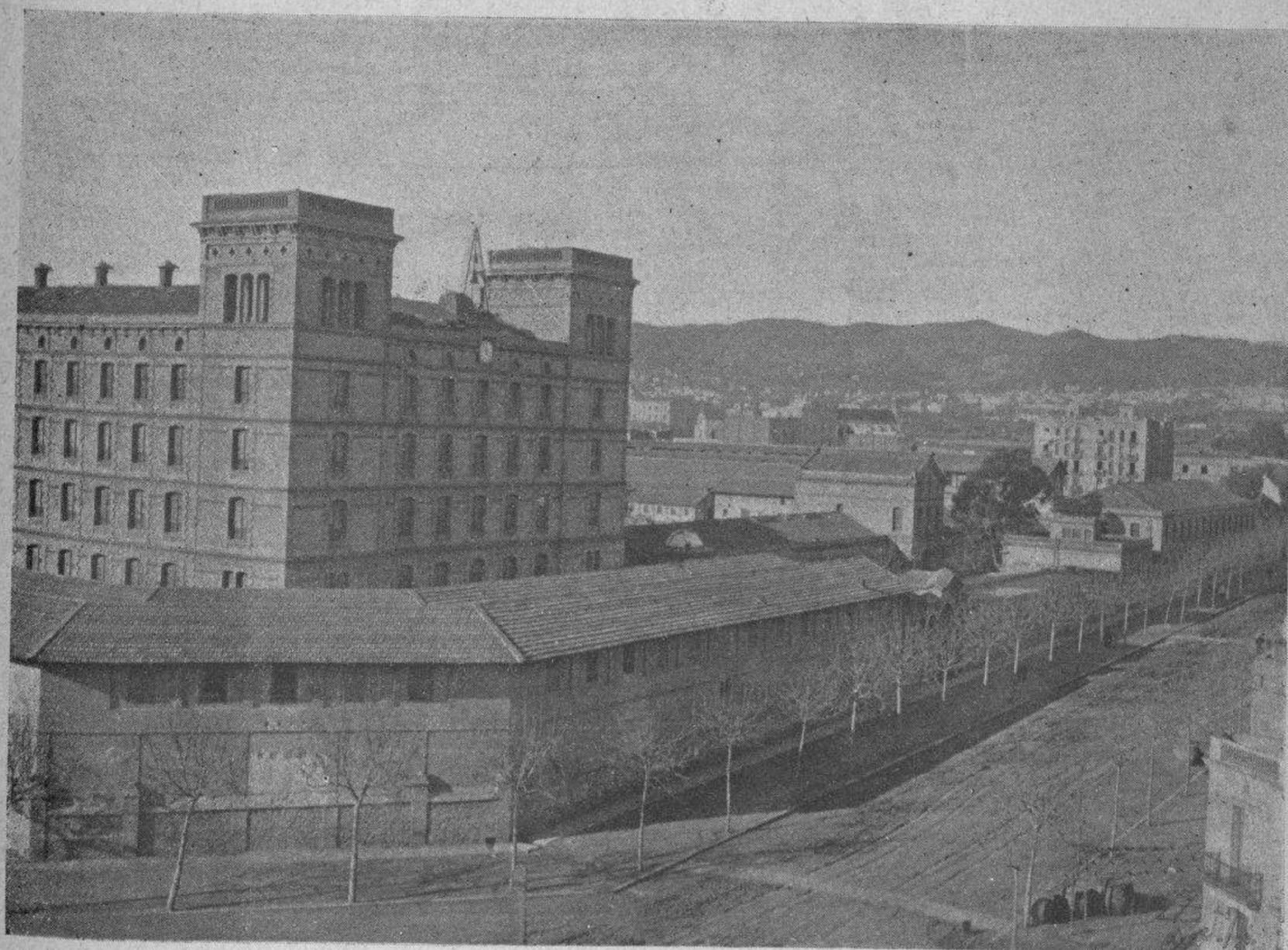
El señor Rodó reconoce que el *jugo* de las letras hispano-americanas debe tomarse de la tradición española.

Perfectamente.

¿Cómo no he de estar conforme con esa idea, si la vengo predicando hace años en todas partes, principalmente en *El Imparcial* y en *Las Novedades* de Nueva York?

Criticos como el señor Rodó, pueden hacer mucho en América, por la sincera unión moral é intelectual de España y las repúblicas hispano-americanas; unión que podría preparar lazos políticos y económicos futuros, de la que, á mi ver, ya tiene sentadas las premisas la historia, y que serán la consecuencia que saque el porvenir.

CLARÍN.



Sanatorio de las Corts de Sarriá (Barcelona)

### Consolación

Orillas de una fuente,  
Un triste peregrino contemplaba  
La trémula corriente,  
Que la verde campiña fecundaba;  
Y una lágrima ardiente,  
De sus ojos caída,  
Muda señal de su infortunio grave,  
Corrió luego en las ondas confundida;

Y él murmuró: ¿Quién sabe  
Si esta fuente sin nombre  
Que da savia á la flor y vida al ave,  
Es hija de las lágrimas del hombre!  
Yo lo escuché; y mi alma  
Volvi gozosa á quien los orbes rige,  
Y, poseído de inefable calma,  
El raudal de mis lágrimas bendije.

JACINTO GUTIERREZ COLL.



La pequeña mamá

## Mi album de retratos

Don Evaristo

Tuve el alto y ambicionado honor de convencerle allá por el año de... no recuerdo ya que año era; pero es ese detalle sin importancia, y acerca del cual creo completamente inútil hacer memoria.

Habia oído tantísimas veces hablar de su distinguida personalidad; leído con tal frecuencia su nombre en los periódicos, que cuando un amigo mío me ofreció presentarme á él, acogí con avidez y agradecimiento al mismo tiempo una proposición que así halagaba á mi curiosidad como á la admiración que siempre me han inspirado los grandes hombres. Don Evaristo, que se encontraba entre un grupo de adictos, discípulos y protegidos se dignó recibirme con expresión afable; dirigióme un par de frases muy corteses y hasta tuve la honra de sentir mi mano apretada ligeramente por la suya.

—¿Verdad qué es muy campechano? — me preguntó luego el amigo que me presentara.

—Muchísimo.

Y seguí contemplando al conspicuo varón, que había vuelto á reanudar la interrumpida plática con aquel grupo de admiradores. Era un hombre rayano en los 55; alto, gordo, muy bien trajeado; el rostro entre severo y risueño, de líneas agradables, circundado por bien cortadas patillas grises. En fin, un tipo acabado de diplomático, y esta fué la primera idea que se me ocurrió.

Luego asaltóme la irreverente reflexión de aquel personaje hacia mi soberbio efecto, revestido de una librea, luciendo chistera con escarapela y encaramado sobre un pescante.

Deseché, avergonzado de mi propia irrespetuosidad interna, ese pensamiento bellaco y púseme á escuchar lo que decía el Excelentísimo Señor. Porque Don Evaristo es Excelentísimo por sus cuatro costados. Tiene tres ó cuatro cruces pequeñas, dos de grandes;

honores de jefe de administración; fué gobernador, diputado en tres legislaturas; es actualmente senador, y ha desempeñado ó sigue desempeñando acá y acullá varias Presidencias ó Vicepresidencias de Corporaciones ó de Sociedades políticas, económicas, benéficas, literarias, artísticas, sociales y financieras.

«Un hombre de esta talla—me dije—que ha ocupado y ocupa tan elevados puestos, y que con frecuencia ha levantado la voz en los escaños de la representación, debe de tener un pico de oro y hablar como un Cicerón. Y aunque no es este momento para que eche un discurso, es probable que oiga de sus labios una *causerie* deleitosa é instructiva, una de esas pláticas familiares y discretas en que suelen lucirse los hombres que á su natural ingenio unen los dones de la experiencia y del saber. Oigamos, pues, lo que dice Don Evaristo...

Hablaba éste con voz reposada y lenta, balanceándose suavemente, su mano regordeta y blanca, á la altura de la cabeza, paseando su mirada de uno á otro de los oyentes y parándose á cada momento, sin duda para que éstos pudiesen hacerse cargo de sus razonamientos y apreciar en todo su valor la sensatez de sus palabras, que dejaba caer casi una á una cual si las echara con un cuenta-gotas. Y si no hubiese estado yo en la firmísima convicción de que reputaciones y prestigios como los de Don Evaristo no se alcanzan porque sí, y que para haber subido á tan elevadas situaciones como las que él conquistara, se necesitaba reunir méritos propios é indiscutibles, al escuchar la serie de vaguedades y de lugares comunes y de conceptos vulgares que brotaban de sus labios premiosos, habríame dicho: ¿Y es ese el personaje ilustre, el celebrado político-economista que desempeña un papel preferente en la Sociedad y tiene arraigo, influencia, nombradía y valimiento?... ¿Es ese el varón egregio cuyo nombre suena con tanta frecuencia en la prensa, y á quien distinguen sus contemporáneos, elevándole á los primeros sitios y colgándole sobre el pecho honrosísimas insignias de su mucho valer?...

Pero arrepintiéndome en seguida de mi juicio, que por lo prematuro podía ser temerario y erróneo, recordando aquello de que no hay que fiar en las primeras impresiones, suspendí los vuelos que iba tomando mi crítica interna, y pedí, interiormente, perdón á Dios y á Don Evaristo.

\*\*\*

Presentáronseme, más tarde, múltiples ocasiones de tratar á Don Evaristo, de *pesarle*, y fui adquiriendo la triste persuasión, de que aquel respetable hombre público era — y sigue siendo — un animal.

Un animal de magnífica estampa, eso sí; una acémila de lujo; un ganapán intelectual, muy decorativo con muy buenas vistas y muy buena copa.

Y entonces concluí de convencerme de la incontestable superioridad que tiene sobre sus semejantes el ser humano á quien la naturaleza ha concedido el doble beneficio de una hermosa fachada y de un aplomo formidable.

Don Evaristo reúne en grado superlativo esas dos utilísimas circunstancias. Fué siempre un buen mozo, y los años han impreso en su personalidad física un sello imponente y majestuoso que causa gratisimo efecto en el espíritu del vulgo. A su arrogante figura debió Don Evaristo que



Laura

una mujer hermosa, tonta y rica se enamora perdidamente de él y no parase hasta entregarle su mano y su fortuna; y el sufragio electoral hizo como la mujer, y se dejó seducir por el aparatoso exterior del candidato; y el partido político en cuyas filas milita Don Evaristo, creyó que debía conceder puesto señalado á hombre tan gallardo; y esa gallardía le sirvió de poderosa recomendación en las ricas esferas gubernamentales.

Claro está que de poco le sirvieran sus dotes físicas á no aunarse con esa otra cualidad que dejo indicada: el aplomo; Don Evaristo tiene uno colosal; vanidoso como un pavo;

H. KAULAY



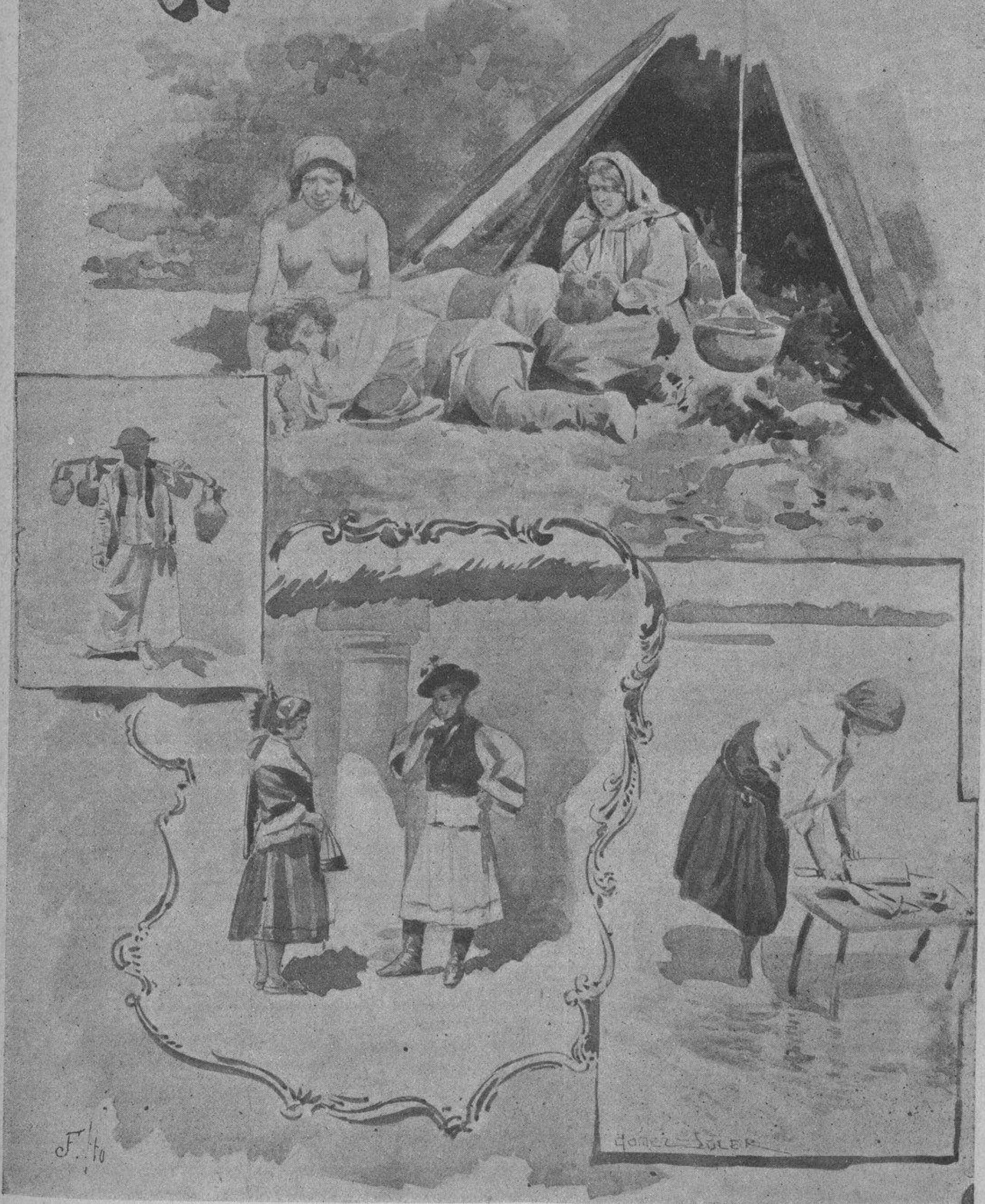
Cabeza de estudio

ignorante como una merluza; desprovista su vistosa cabeza de materia gris, posee, en cambio, por caritativo designio de la Providencia una *virtud* selectísima, cual es la de estar convencidísimo de su propia superioridad. Esta no existe, pero Don Evaristo cree que sí, y ha logrado — ¡oh triunfo incomparable! — hacerla creer á los demás. Y si bien son muchos los que han medido al senador y saben lo que realmente vale, son muchos más los que han tomado al ganso por un águila; y esos últimos son los que han ido encumbrando poco á poco á nuestro héroe.

Y no extrañéis que algún día pongan las circunstancias á Don Evaristo en el mismo banco azul. También allí pueden prestar servicio los animales puramente decorativos.

JUAN BUSCÓN.

# HUNGRIA



Hungría es el más vasto de los Estados hereditarios de la monarquía austriaca. En latín se llama *Hungaria*, en alemán *Hungarn* y en húngaro *Madgyar-Ország*.

El clima es muy variado; suave en la llanura, en cuya parte meridional se hace la siega por el mes de Junio: húmedo y malsano en las orillas del Danubio; seco y frío hasta rayar en riguroso, en la parte montuosa. La industria tiene poca importancia en Hungría, pues como dice un escritor, el campesino húngaro es él mismo su arquitecto, su carpintero, su carretero; la mujer teje la tela y el paño, prepara el jabón y las velas y cuida de la casa. Los magyares son de estatura mediana, pero bien constituidos, de anchas espaldas, de miembros fornidos; su rostro cuadrado y sus facciones pronunciadas, dan á su fisonomía esa expresión que indica en el hombre el sentimiento de sí mismo y de su dignidad moral. Vivos, joviales, francos, hospitalarios y generosos, su trato social es muy ameno y atractivo.

## Las dos grandezas

Uno altivo, otro sin ley,  
Así dos hablando están:  
—Yo soy Alejandro el rey.  
—Y yo Diógenes el can.

—Vengo á hacerte más honrada  
Tu vida de caracol.  
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada;  
Que no me quites el sol.

—Mi poder...—Es asombroso,  
Pero á mí nada me asombra.  
—Yo puedo hacerte dichoso.  
—Lo sé, no haciéndome sombra.

—Tendrás riquezas sin tasa,  
Un palacio y un dosel.  
—¿Y para qué quiero casa  
Más grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás  
De oro y seda.—¡Nada, nada!  
¿No ves que me abriga más  
Esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.  
—Yo con pan duro me allano.  
—Bebo el Chipre en copas de oro.  
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuando tú mandes.  
—¡Vanidad de cosas vanas!  
¿Y á unas miserias tan grandes  
Las llamáis dichas humanas?

—Mi poder á cuantos gimen,  
Va con gloria á socorrer.  
—¡La gloria! capa del crimen;  
Crimen sin capa ¡el poder!

—Toda la tierra iracundo  
Tengo postrada ante mí.  
—¿Y eres el dueño del mundo,  
No siendo dueño de tí?

—Yo sé que, del orbe dueño,  
Seré del mundo el dichoso.  
—Yo sé que tu último sueño  
Será tu primer reposo.

—Yo impongo á mi arbitrio leyes.  
—¿Tanto de injusto blasonas?  
—Llevo vencidos cien reyes.  
—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,  
Mas no moriré olvidado.  
—Viviré desconocido,  
Mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós! pues romper no puedo  
De tu cinismo el crisol.  
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,  
Pues no me quitas el sol!—

Y al partir con mutuo agravio,  
Uno altivo, otro implacable,  
¡Miserable! dice el sabio;  
y el rey dice:—Miserable!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



A. WEIS. — Angélica salvada por el paladín Roger

BOUGUEREAU



Vendimiadora



## Bailar

Verbo defectivo: carece de la primera persona del singular en casi todos sus tiempos y modos; porque ni yo bailo, ni he bailado, ni bailaré nunca.

¿Por qué? Me oigo preguntar de todas partes. Pues miren ustedes; no es por las consecuencias de la danza, pues abrigo la persuasión de que para que dos voluntades se enreden, ni hace falta la intervención de Terpsícore, ni tiene más influencia Strauss que Meyerbeer. Es lisa y llanamente, porque yo no encuentro nada tan ridículo en el hombre como la coreografía á domicilio.

Pase en la mujer, donde todo es gracia y volubilidad y cuyo sino es vivir girando; pase también—para que el giro sea mutuo y no bailen solas las hijas de Eva—en los mozalbetes hasta la edad del ayuno obligatorio, en que no siendo aún ni carne ni pescado, no pecan con la promiscuidad; pero en el hombre con derechos civiles, con atenciones domésticas, con vida pública, el baile no puede pasar más que de mala fe, como pasa en la circulación un duro falso.

Todos ustedes recuerdan el efecto que les ha producido ver en el teatro á un bailarín vestido de tonelete, con calzón de armar y una cintita en la cabeza para precaver las rebeliones del cabello, hacer piruetas y buscar el modo de hacerse bonito en detrimento de su dignidad, y sin embargo, aquel infeliz que sonríe enseñando la caja de dientes con el mismo placer con que un jugador de dominó podría enseñar el seis doble ahogado, hace aquello para ganarse la subsistencia, como un *modus vivendi*, y por imposición, en fin, del estómago que le grita: «El *batiment* ó la muerte.» Pero un caballero con bigote (porque al menos el bailarín de oficio se lo afeita para no inferir agravio á aquella manifestación de la virilidad), con caballos en sus cuabras, tiro de pistola en su jardín y cuenta corriente en el Banco, no sólo baile gratis, sino que se gaste el dinero en embellecerse para semejante circunstancia, es incomprensible. Porque, en fin; si yo le digo ahora al lector que se levante de la silla, donde en traje de casa y con las babuchas en chancleta me está leyendo pacíficamente con más ó menos interés, y que dé dos vueltas de vals por su cuarto, ¿no es verdad que volverá á sentarse en seguida avergonzado de sí mismo? Que lo pruebe y que me responda. Pues imagínense ustedes el ridículo que pesa sobre este hombre, cuajándose de brillantes, ciñéndose un frac en forma de bacalao, poniéndose un chaleco gótico por cuyo ojivo hueco se asoma la camisa, sonriendo con la satisfacción del que se gusta y ocupándose en perder tierra como si intentase volar; pero no con la gracia del pajarillo implume, en quien la precocidad del deseo se antepone á la facultad de las alas, sino con el alarde del pato, que cree tomar vuelo porque se azota las patas con los brazos para andar más de prisa, y suelta un graznido de vanidad por haber parodiado lo que no está dentro de su naturaleza.

Dicen que es la música lo que arrastra á la humanidad á esta especie de desesperación. Yo lo niego en absoluto; porque con igual motivo se pondría á dar vueltas al son de la *invitación al vals* de Weber, que á la *cadencia* de la *Casta diva* de Bellini. Y no se me objete que es el ritmo la causa de la locura; los pasajes más melancólicos del arte musical, han sido interpretados por la Pinchiara y por Rosita Mauri con más contentamiento del

público que los *panaderos* de la *Tertulia* por Concha Ruiz; y el mismo rey arpista bailaba delante del Arca, sin necesidad de tocarse mazurcas ni habaneras, conquistas coreográficas de nuestro siglo.

Pregunto yo á esos enfermos de intermitentes de la formalidad, qué objeto se proponen bailando. ¿Divertirse? Corriente. ¿Pero de qué modo? ¿En qué concepto? Porque hay quien se divierte pellizcándose.

¿Es puramente por la danza? ¿Por el gusto de transpirar como un mozo de cordel? ¿Por el prurito de estar risible, metiendo la cabeza como un palomo para no quitarle con las puntas de las patillas los polvos de arroz á la pareja, y sacando el espinazo para dejar libre al fémur, de que lleve las caderas de un lado á otro, como un plato de gelatina? No hay quien me lo haga creer. Yo me explico que en un arranque de gozo, el hombre dé un salto y eche las piernas al aire y un hurra al viento; pero espontáneamente, sin premeditación. Lo que no entenderé nunca, es que, para el resultado que dejo expuesto, tome un maestro de baile y se pase las horas en su gabinete brinca que brinca, mientras un tenedor de libros, si es comerciante, le dice desde la puerta: «Piden mil libras, Londres. ¿A qué cambio doy?» Y él, sin perder el compás, le contesta: «A 3-8 sin corretaje.»

«No, señor, me objetan los más francos; el baile no tiene ese fin. Es sencillamente un pretexto para hablar con una mujer interesante, y enloquecerla con el narcótico de la música, con el aroma de las flores, con los destellos de las luces.»

Gracias á Dios que vamos entrando en materia. Eso ya arguye más sentido común, por lo que al principio respecta; pero en cuanto á los medios, se necesita verdaderamente que una mujer tenga trastornado el juicio, para que el amor, el sentimiento que más ennoblece al hombre y al que más pronto mata el ridículo, penetre en su alma servido por el hombre en la actitud más denigrante del rey de la creación. Hoy que la libertad de nuestras costumbres nos permite dirigirnos á una señora sin necesidad de pretextos ¿puede, la que se estime, mirar sin una sonrisa de desdén al individuo que para contraer méritos á sus ojos se pone á menear las piernas, como las bielas de una locomotora, y á contraer y á dilatar el cuerpo, como el pistón de una bomba absorbente?

«Pero no sea usted tonto, me grita uno de los más decididos y menos hipócritas. A nosotros nos importa poco ó nada la cuestión de sensibilidad; sólo apeteecemos la sensación. No hay quien entre en el templo del amor por los propileos del baile. El novio se lo prohíbe á la novia; la madre á la hija; la mujer casada se lo veda á sí propia, en cuanto le nace una esposa futura. La danza se ha hecho para el cazador furtivo; es un delito con premeditación y alevosía. Se pone usted en acecho, pasa la pieza, dispara usted, y, si no la mata, siempre recoge usted alguna pluma; la mano que estrecha, el talle que abarca, el aliento que aspira, la frase que aventura...»

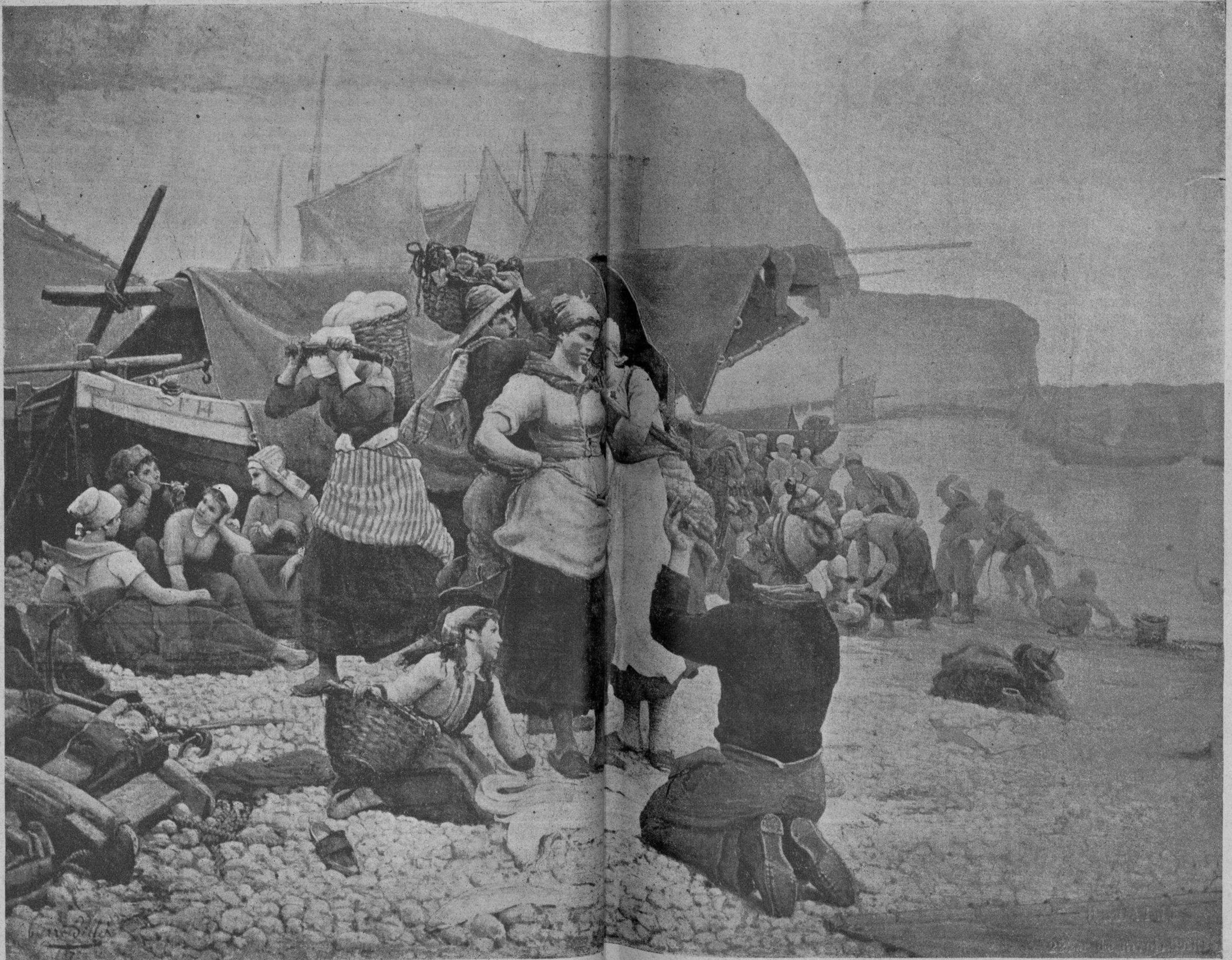
Entendido, entendido; usted es sincero; he ahí el baile. Pero una de dos: ó asiste usted á él para tropezar con caza segura, ó se expone usted á errar el tiro; y en ambas hipótesis el ridículo de forma se convierte en ridículo esencial, porque en el caso primero, suda usted en vano bajo la indumentaria cinegética, por obtener lo que se puede lograr en traje de casa; y se contenta usted con dos en aquel coto, cuando en terreno abierto podría usted ganar seis. En resumen: tira usted sobre una caza que ya está muerta y luego se dice usted: «¡Qué buena puntería tengo!»

Y en el segundo, el más general, es usted todavía más digno de desprecio; porque estrechar con propósito deliberado una mano que se entrega á la suya con inocencia; abarcar sensualmente un talle que cree encontrar el apoyo de un brazo digno; aspirar con pulmones de sátiro el aliento de una virgen; aventurar frases que no se entienden, es prostituir con el esfuerzo de la imaginación lo que no puede seducir el atractivo de la realidad; y el hombre que trata así á la mujer, desciende á la categoría del irracional que se empeña en que fecunde una estatua de mármol.

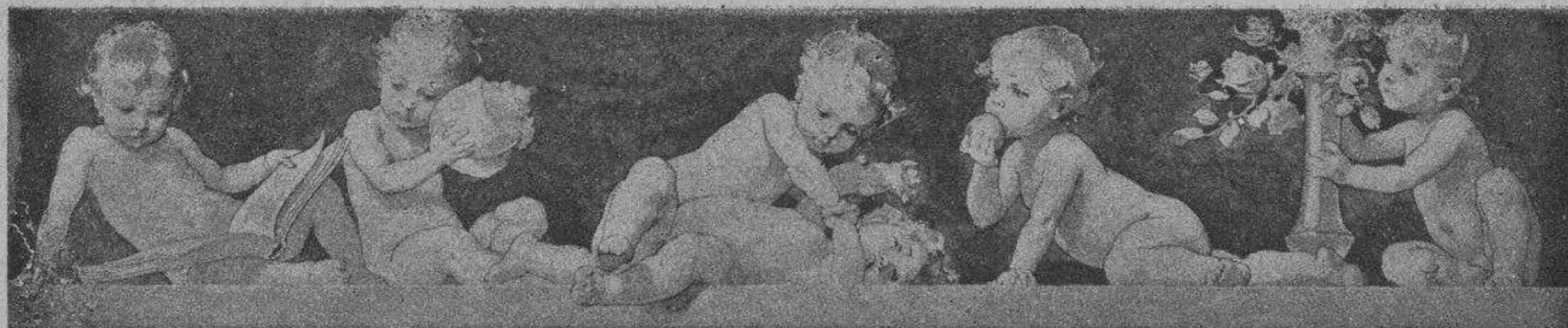
O el baile es una inocentada, en cuyo caso hacen muy bien en prodigar los de los niños pequeños para matar con ellos los de los niños grandes, ó una traición para la que sobra la orquesta; porque los que menos tocan en él son los músicos.

ENRIQUE GASPAR.





En la costa Normanda — La hora de la marea



## Cantares populares

Si mis ojos te dan pena  
yo los aprisionaré,  
y los meteré en la cárcel  
donde penas no te dén.

Al otro lado del río  
tengo mis amores, madre,  
y á la Virgen del Pilar  
la digo que me los guarde.

Con esos rizos, bien mío,  
que te cuelgan por la cara,  
pareces la Magdalena  
cuando por el mundo andaba

De tu puerta me despido,  
de sus cerrojos y llaves;  
mas de tí no me despido,  
manojito de corales.

Si supieras como estoy  
el día en que no te veo,  
¡mis ojos no tienen luz  
ni mi corazón consuelo!

Amar y no ser amado,  
sentir y no consentir,  
vivir viviendo olvidado  
¡y no poderlo decir!...

Dos columnas de alabastro  
nos sostienen á los dos,  
mantente firme, bien mío,  
que para tí nací yo.

Mi corazón á tus pies  
le ves y no le levantas,  
¡pobrecito corazón,  
qué de penillas le causas!

Antiguamente eran dulces  
todas las aguas del mar,  
hasta que escupió mi niña  
y se volvieron *salás*.

El que quisiera saber  
de qué color es la pena,  
siente plaza de soldado  
y auséntese de su tierra.

Quisiera ser aire malo  
y traspasar las paredes,  
y entrar en tu cuarto, niña,  
y ver el dormir que tienes.

Eres María del Carmen  
y además carmelitana,  
dame tus escapularios  
y yo te daré mi alma.

Hasta los caracolitos  
que hay á la orilla del mar,  
me dicen que no te quiera,  
yo no te puedo olvidar.

Paloma que vas al monte  
mira que soy cazador,  
que si te encuentro y te mato  
para mí será el dolor.



L. de CHATILLON



Juana de Arco

## La Velada de San Juan

BALADA

El barón de Smaylho'me se levantó con el día y guió su corcel, sin detenerse, por el pedregoso sendero que conduce á Brothers-tone.

No iba con el valiente Bucclech á desplegar al aire con su ancha bandera, ni iba á reunirse con las lanzas escocesas para desafiar las flechas de los ingleses.

Sin embargo, llevaba la cota de malla, el casco adornaba su frente, y una coraza de acero templado cubría su pecho. Del pomo de su silla colgaba un hacha que pesaba más de veinte libras.

El barón de Smaylho'me volvió al cabo de tres días; su frente estaba triste y sombría; el corcel parecía rendido de cansancio y caminaba muy lentamente.

No venía de Ancram-Moor, donde la sangre inglesa se había derramado á torrentes; Ancram-Moor, testigo de las hazañas del fiel Duglás y del valiente Bucclech contra lord Evers.

Sin embargo, su casco estaba abollado y roto, su cota de malla agujereada y rasgada. La sangre teñía el hacha y la espada, pero no era sangre inglesa.

Bajó por junto á la capilla y deslizándose por el lado de la muralla, silbó tres veces para llamar á su joven paje, que llevaba el nombre de William.

—Ven, pajecillo, dijo, ven á sentarte sobre mis rodillas. Aun eres de muy tierna edad, pero creo que no engañarás á tu señor.

Dime lo que has visto durante mi ausencia y procura decirme la verdad... ¿Qué ha hecho tu señora desde que yo abandoné el castillo de Smaylho'me?

William contestó: —Todas las noches la castellana iba á la luz solitaria que brilla sobre el Watchfold, pues ya sabéis que de una altura á otra las señales nos dan cuenta de la invasión de los ingleses.

El alcarabán gemía, el viento silbaba en los huecos de las rocas, y á pesar de ello, ni una sola noche ha dejado de recorrer el sendero que conduce á la cima aérea de la montaña.

Yo expiaba sus pasos y me aproximaba en silencio á la piedra donde se hallaba sentada. Ningún centinela había junto al fuego de las señales.

La segunda noche, mis ojos la siguieron de nuevo y ví... ¡lo juro por la Santa Virgen!... vi á un caballero armado al lado de la llama solitaria.

Aquel guerrero hablaba con mi señora; pero la lluvia caía y la tormenta rugía, de suerte que no pude oír sus palabras.

La tercera noche el cielo estaba tranquilo y puro, el viento había enmudecido... yo ex-

piaba al caballero, cuando vuestra dama vino á buscarle misteriosamente al punto de cita.

Le oí hablar de la hora de la media noche y de la velada de esta santa fiesta.—«Ven mañana, decía, al departamento de la dama de tus pensamientos; no temas al barón mi esposo.

Se halla combatiendo bajo la bandera del valiente Bucclech y me encuentro sola; mi puerta se abrirá al fiel caballero la noche de San Juan.

—No puedo, contestó el guerrero; no me atrevo á ir á tu lado; es preciso que vague solitario la noche de San Juan.

—¡Ten vergüenza de tu cobardía, tímido caballero! le dijo. No debes decirme que no, porque la noche de San Juan es la más bella del verano, cuando presta su sombra á dos amantes.

Yo encadenaré al vigilante perro; el centinela no te dirigirá ninguna pregunta; colocaré esteras de junco en la escalera. ¡En nombre de la cruz negra de Melrose y del bienaventurado San Juan, te conjuro, amor mío, para que atiendas mis súplicas!

—En vano los perros guardarán silencio y el centinela dejará de sonar el cuerno. Un sacerdote duerme en el pabellón que mira á oriente y oirá el ruido de mis pasos, á pesar de las esteras de junco.

—¡Ah! no temas que ese sacerdote pueda descubrirte. En la actualidad se halla en el monasterio de Dryburgh, donde debe celebrar, durante tres días, el sacrificio de la misa por el alma de un caballero muerto.»

Al oír estas palabras el guerrero volvió varias veces la cabeza frunciendo las cejas, y, sonriéndose con cierto desdén, dijo:—«El que celebra la misa por el alma de ese caballero también podrá celebrarla por la mía.

A la hora solitaria de la media noche, cuando los espíritus del mal revolotean por los aires, iré á tu lado.» Dijo, y desapareció. Mi señora se quedó sola y yo no vi nada más.

La sombría frente del barón se inflama y enrojece de cólera.—¡Muéstrame, exclama, al temerario, y, por Santa María, prometo que morirá!

—Sus armas brillaban á la luz de la llama, contesta William, su penacho era escarlata y azul; en su escudo llevaba pintado un lebrél en campo de plata y en su cimera una rama de tejo.

—¡Mientes, pajecillo, mientes! El caballero que me indicas ha dejado de vivir y se encuentra encerrado en su tumba, bajo el árbol de Eildon.

—¡Pongo al cielo por testigo de mis palabras, mi noble señor! He oído pronunciar su nombre: vuestra dama le llamaba sir Ricardo de Coldinghame.

La frente del barón cubrióse entonces de palidez.—La tumba es oscura y profunda,



Oriental

dijo; el cadáver está inmóvil y helado... No puedo creer tu relación.

En el sitio donde el Tweed desata sus ondas alrededor del santo convento de Melrose, y donde el Eildon baja en dulce pendiente hasta la llanura, hace tres noches que un enemigo secreto ha cortado los días del caballero de Coldinghame.

Los reflejos de la luz han abusado de tus ojos: los vientos han engañado tus oídos; aún oigo las campanas de Dryburgh y los monjes promonstratenses que cantan el himno de los muertos por sir Ricardo.»

El barón pasa el lindar de la puerta, se desliza por la estrecha escalera y sube á la plataforma, donde encuentra á su dama rodeada de jóvenes que la sirven.

Observa que está triste y que pasea sus miradas por las colinas y los valles, sobre las ondas del Tweed y los bosques de Mertun, en la rica llanura de Teviot.

—¡Salud, salud, amable y tierna castellana! — ¡Salud, barón fiel! ¿Qué nuevas me traes del combate de Ancram y del valiente Bucclech?

—La llanura de Ancram-Moor está roja de sangre; mil ingleses han mordido el polvo, y Bucclech ha dado orden para que velemos más que nunca las señales.»

La castellana enrojece, pero no contesta, y el barón no añade una sola palabra. Bien pronto retiróse á su cuarto, á donde la siguió el triste barón.

La castellana gemía al dormitar y el barón de Smalyho'me, inquieto y agitado, murmuraba en voz baja: — Los gusanos se apoderan de su cadáver; la tumba ensangrentada se ha cerrado sobre él y la tumba no puede abandonar su presa.

Era ya muy cerca de la mañana; la noche iba á abrir el paso á la aurora, cuando un sueño penoso gravitó sobre los ojos del barón.

La castellana recorrió con su mirada toda la habitación y á la luz de una lámpara moribunda vió casi á su lado á un caballero, á sir Ricardo Coldinghame.

—«¡Ah! exclama. ¡Alejaos por el amor de la Santa Virgen! — No ignoro, le contesta, quien duerme á tu lado, pero no temas que se despierte.

¡Hace tres largas noches que estoy tendido en la sangrienta tumba, bajo el árbol de Eildon! Ya han cantado por el reposo de mi alma las misas y el himno de los muertos, ¡pero en vano!

El pérfido brazo del barón de Smaylho'me me atravesó el corazón en la arenosa ribera de Tweed y mi sombra se halla condenada á errar durante mucho tiempo sobre la cima del Watchfold.

En ese lugar, que era el de nuestras citas, me verán aparecer todas las noches; pero no hubiese podido llegar hasta aquí sin el poderoso valor de tus súplicas.

El amor se sobrepuso al temor de la castellana, y después de signarse la frente:— Querido Ricardo, dijo, dime si tu alma se ha salvado ó se halla condenada.» El fantasma sacudió la cabeza.

—Dile á tu esposo, contestó, que el que derrama la sangre pierde la vida herido por el hierro. Pero el amor adúltero es un crimen en la otra vida: recibe esta muestra irrecusable.

Apoyó la mano izquierda sobre la mesa de roble y la derecha sobre la de la castellana, que tembló, y desmayóse al sentir la impresión encendida de aquella mano.

La huella ennegrecida de los cuatro dedos quedó impresa sobre la mesa, y la castellana llevó siempre su mano cubierta con un guante.

Hay en la abadía de Dryburgh una religiosa, cuyos ojos no ven nunca la luz del sol. Hay un monje en el monasterio de Melrose que no pronuncia nunca una palabra.

Aquella religiosa que jamás ve la luz del día es la castellana de Smaylho'me; aquel monje que guarda tan sombrío silencio, su esposo el barón.

WALTER SCOTT

## En el álbum de Norma Campodonico

Gloria y prez de la Argentina;  
hermosura peregrina;  
trigueña de negros ojos;  
de labios frescos y rojos  
y de sonrisa divina.

Tú que te llevas la palma  
de las mujeres de alma;  
de esas mujeres soñadas  
cuyas ardientes miradas  
nos hacen perder la calma.

Porteña del alma mía  
trasunto de la poesía  
que Buenos Aires encierra;  
aquella espléndida tierra  
llena de tanta alegría.

Morochita de mi vida  
que tantas gracias anida;  
tú entre todas, la primera  
que pisa, niña hechicera,  
la calle de la Florida.

¡Ilusión, belleza, anhelo!...  
si te marchas á otro suelo,  
no teniéndote delante  
ya no miro el Sol brillante  
de tu Patria y de su Cielo.

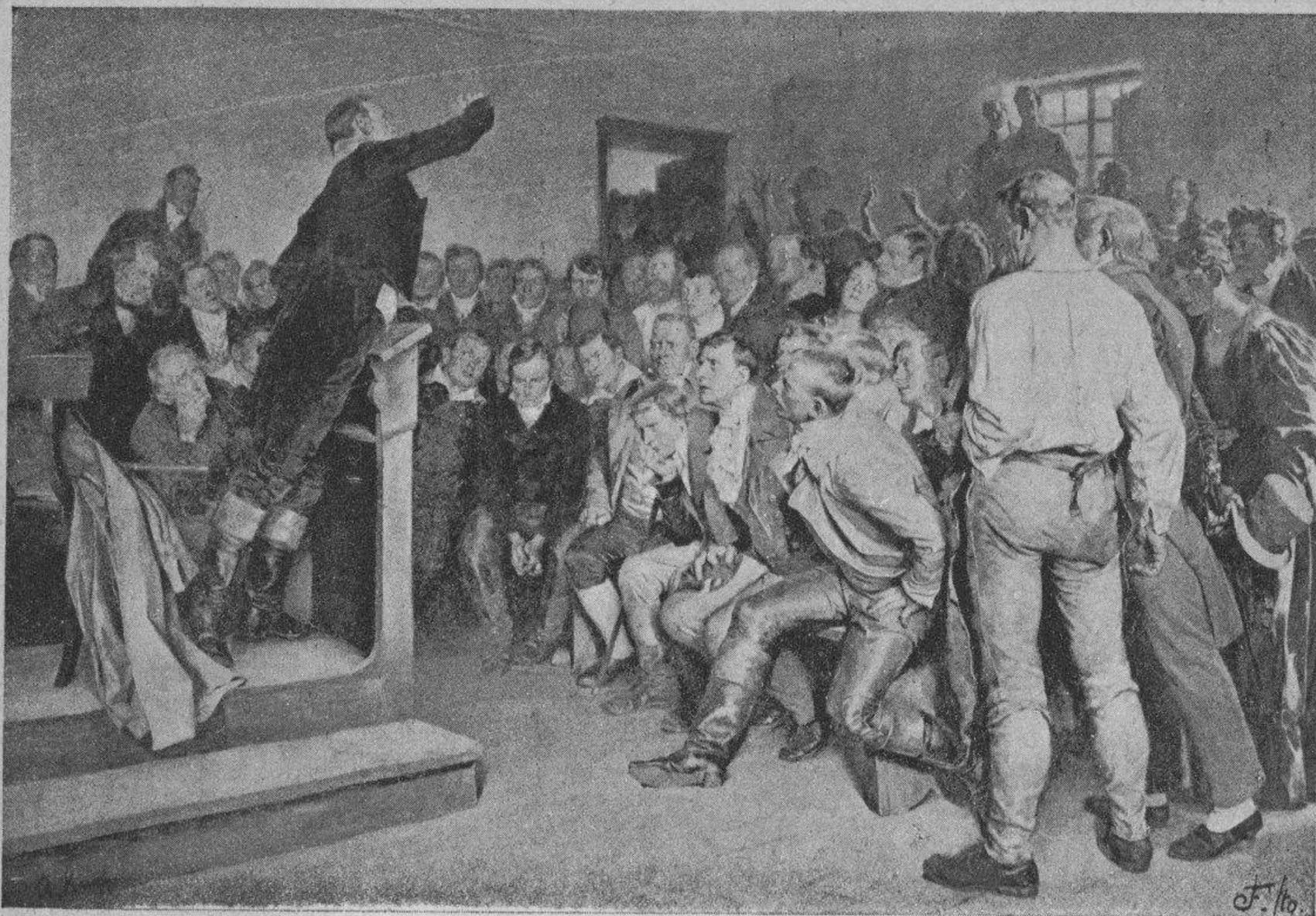
No te vayas á Milán  
que sin vida quedarán  
los que por tí sólo viven;  
los que al mirarte reciben  
la luz que tus ojos dan.

P. SAÑUDO AUTRAN.

# Disfraces



Carnaval eterno, POR XAUDARÓ



Un club

### Explicación de los grabados

**RUPERTO CHAPÍ.** — Ruperto Chapí nació en Villena, provincia de Alicante, el 27 de Marzo de 1851. Ingresó en 1867 como alumno en el Conservatorio de Madrid en la clase de piano y en la de armonium, del Sr. Galiana, obteniendo, en el concurso de 1869, el primer premio de esta asignatura; en este año ingresó en la clase de composición del maestro Arrieta, alcanzando el primer premio de ella en el concurso de 1872. Poco antes había sido nombrado músico mayor de Artillería, plaza que desempeñó hasta 1874 en que salió para Roma como pensionado de número de la «Academia de Bellas Artes», premio que obtuvo por oposición y por unánime voto del Jurado. En Roma compuso y remitió como envíos de pensionados: *Polaca de concierto*, para orquesta, ejecutada en Agosto de 1879, por la «Unión Artístico-Musical»; *Motete á siete voces*, al uso de los maestros del siglo xvi; *La hija de Jefe*, ópera en un acto, ejecutada en Madrid en Mayo de 1875; copias de una *Misa de Victoria* y de un *Motete*, de Morales; *Monografía de las obras de autores españoles que existen en el Archivo de la Capilla Sixtina*.

En Milán compuso y remitió como trabajo de segundo año de pensionado: *La muerte de Garcilaso*, ópera en un acto, cuyo prelude se ejecutó en la «Real Academia de San Fernando», el 17 de Febrero de 1878; *Motete á voces solas*, ejecutado con la anterior; poema sinfónico, *Escenas de capa y espada*. Desde París envió, como trabajo de pensionado, la ópera en tres actos, *Roger de Flor*, interpretada el 17 de Enero de 1878, y una *Sinfonía á cuatro tiempos* en 1879. En 1878 obtuvo la plaza de pensionado de mérito de la «Academia de Roma», y pasó como tal á París á estudiar la Exposición Uni-

versal de aquel año. Ha compuesto, además de las citadas, varias obras instrumentales; *La fantasía morisca*, ejecutada en Abril de 1889 por la «Unión Artístico-Musical»; *Trío*, para piano, violín y violoncello; *Scherzo*, sobre un episodio del *Quijote*; colección de seis melodías para canto y piano; el oratorio *Los Angeles*, de la ópera *Las naves de Cortés*.

Después de demostrar para la ópera cómica relevantes condiciones con las zarzuelas en un acto *Música clásica* y *La Serenata* (1881), alcanzó señaladísimo triunfo en el estreno de su zarzuela *La Tempestad*, ocurrido en Madrid el 11 de Marzo de 1882, con el de la titulada *El milagro de la Virgen*, y el más significado de todos el que obtuvo (Diciembre de 1887) con la titulada *La Bruja*, letra de Ramos Carrión.

Hoy es interminable el catálogo de sus obras que pueden contarse por triunfos.

No hay un español que no sepa de memoria algún trozo de música suya.

**LA PEQUEÑA MAMÁ.** — No necesita explicación este grabado. Es una simpática y dulce escena de familia, reproduciendo tipos de la pintoresca y poética Suiza. La pequeña mamá es la hermanita mayor, la que cuida y atiende á la instrucción de los pequeños, la que hace las veces de madre en las ausencias de ésta, dedicada quizás á las tareas del campo.

Es un cuadrillo que inspira amor al hogar y á la familia.

**LAURA.** — Representa aquí el artista á Laura de Noves, dama provenzal célebre á causa de su hermosura, cantada por Petrarca.

Francisco Petrarca, de Avezzo, fué un gran erudito y el restaurador de las letras en Italia, en unión del Dante y Bocaccio. Aun cuando escribió otras obras en latín, tanto en prosa como en verso, debe su mayor gloria á los sonetos y canciones dedicadas á Laura, en los cuales dulcificó y embelleció la lengua, empleando un estilo que después de cinco siglos no se ha hecho viejo.

El Petrarca conoció á Laura en Aviñón, cuando se estableció allí en 1327. Laura murió de la peste negra en 1348.

He aquí uno de sus sonetos célebres, traducido por Enrique Garcés:

**Elogios de Laura al expresar lo acerbo de la pena por causa de su muerte**

¡Ay rostro y vista, extremos de dulzura!  
 ¡Ay reposado andar, grave y sincero!  
 ¡Ay razonar que á todo ingenio fiero  
 Con humildad hinchias de blandura!  
 ¡Ay risa do salió la flecha dura  
 De que para consuelo muerte espero,  
 Alma digna del mundo todo entero  
 Si antes bajado hubieras de l'altura!  
 Por tí conviene que arda, confianza  
 En tí tuve, y de tí ser apartado  
 Es desventura que en extremo siento.  
 De deseo me henchiste y de esperanza  
 Cuando de tí partí muy consolado;  
 Mas ¡ay! que todo lo ha llevado el viento.

**JUANA DE ARCO.**—Juana de Arco, heroína francesa llamada *la doncella de Orleans*, hija de unos aldeanos de Domremy, aldea situada á orillas del Mosa, en los confines de la Lorena y de la Campaña, se presentó en Chinou al rey Carlos VII y manifestó que Dios le había dado la misión de ser la libertadora de Francia, haciendo levantar el sitio de Orleans y llevándole á Rheims para ser coronado. La confianza y seguridad con que hablaba la doncella de su divina misión y su maravillosa aparición, hicieron que se diera crédito á sus palabras, siendo enviada con nuevas tropas al sitio de Orleans. Su presencia

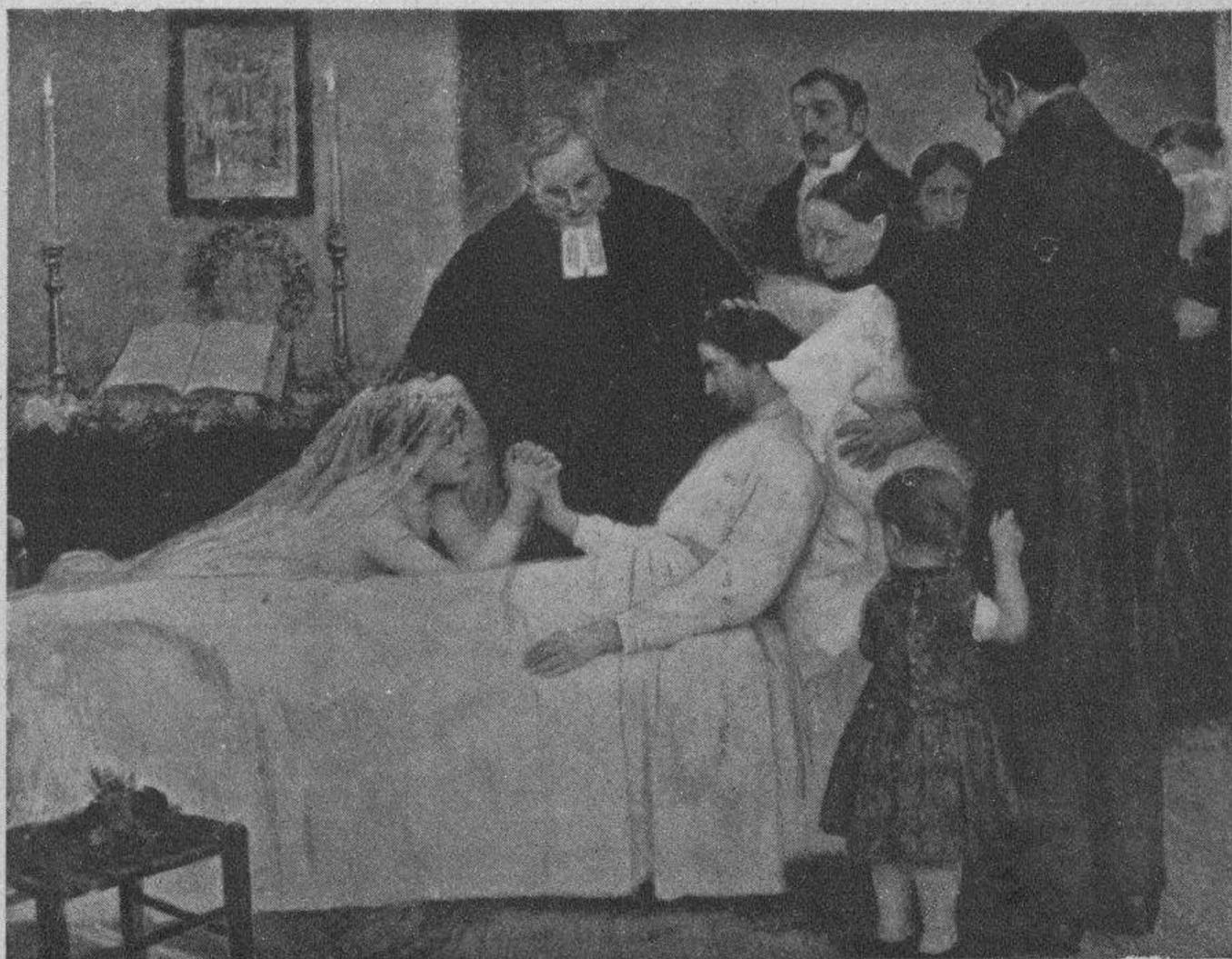
dió aliento á los franceses, y los ingleses se vieron precisados á levantar el cerco. Después de haber llevado al rey á Rheims (1429), atravesando el país ocupado por el extranjero, quiso retirarse; mas se quedó, cediendo á los ruegos de Carlos. En la defensa de Compiegue, sitiada por los borgoñones, fué hecha prisionera en una salida y entregada á los ingleses (1430), los cuales la hicieron quemar en Ruan como hechicera.

La verdadera ortografía de su nombre, que biógrafos é historiadores escriben á porfía en formas caprichosas y distintas, es Juana Darc, según lo demuestran las *Nuevas investigaciones sobre la familia y el nombre de Juana Darc* (París, 1854).

El pintor la representa en el momento de velar las armas, según antigua costumbre caballeresca que ofrece á la Santísima Virgen.

**UN CLUB.**—Es un cuadro de composición difícil por la agrupación de tantas figuras y de preciosos detalles, porque cada fisonomía tiene una expresión adecuada y cada actitud revela el estado de los ánimos. Es una de esas reuniones populares, germen de las grandes revoluciones que agitan á los Estados y en ella se debate algo de vital interés, una de esas resoluciones enérgicas y ruidosas que hacen conmover las instituciones.

**IN EXTREMIS.**—Ignoro el asunto de este cuadro y no es en verdad fácil cosa adivinarlo. Acaso el artista no se ha propuesto más que reproducir una escena patética y conmovedora y esto lo ha conseguido. A primera vista parece una unión *in articulo mortis*, mas reflexionando un poco, más bien parece el asunto del final de *La Dama de las Camelias*, vuelto al revés. La actitud de ella más bien parece de implorar perdón que de otra cosa. Va engalanada con el traje de desposada y esto no era natural para el acto de unirse con un moribundo. Yo rehago la historia de esta manera: «El, rendido y amante, muere de dolor al verse desdénado y preterido por otro. Ella, indiferente, ó ignorante del inmenso amor que la profesa, va á unirse con el rival



In extremis

preferido, cuando es avisado del trance fatal á que se halla próximo el infeliz amante Y sin perder tiempo, sin quitarse la corona de azahar, corre á arrojarse á sus pies, á consolar sus últimos momentos, á pedirle perdón por no haberle comprendido, por el daño que inocentemente le ha hecho. El sacerdote los reconcilia; ella junta las manos en demanda de gracia y él, el infeliz amante, se las estrecha débilmente y clavando en su hermoso rostro una mirada llena de inmensa ternura, le dice: «Sé feliz, yo te perdono. ¡Quiera Dios que tu esposo te ame tanto como yo te habría amado!»

El cuadro no puede estar mejor sentido y más artísticamente agrupado. Es uno de esos cuadros que hacen pensar y sentir, cosa muy difícil y muy poco vulgar, patrimonio de los verdaderos artistas.

ULTIMOS MOMENTOS DE SÓCRATES.— Sócrates, ilustre filósofo griego, nació en Atenas en 469, antes de Jesucristo. Fué hijo del escultor Sofronisco y de la partera Fenareta, ambos de condición libre y de mediana fortuna.

Ejercía las funciones de pritano cuando se discutió la conducta de los diez generales vencedores en Arginusas y acusados por haber dado sepultura á los muertos. La voz unánime del pueblo reclama una condena, y el Senado quería ceder á los clamores populares; pero Sócrates, pagando tributo á la justicia, votó en contra, no obstante las amenazas y los gritos de la multitud. Dominada su patria por los treinta tiranos, el filósofo, que nunca había adulado al pueblo, no supo callar ante el despotismo. Censuró á los gobernantes, y por ello Critias y Caricles, los dos *nomotetas*, le prohibieron enseñar á la juventud y le amenazaron, todo lo cual no le hizo cambiar de conducta.

Eran muchos los enemigos de Sócrates. Los demagogos le reprochaban haber atacado la institución más popular: la designación de magistrados por la suerte; los amigos de la democracia recordaban que Alcibiades, traidor á su patria, y Critias, el más cruel de los treinta tiranos, habían recibido sus lecciones; los sacerdotes y los devotos le tachaban de incrédulo é impío; los retóricos, los poetas y los artistas, no le perdonaban sus censuras. Melito, Licón y Anito, recogieron estas quejas é intentaron la acusación, cuyo texto decía: «Melito, hijo de Melito, del

burgo de Pitos, acusa bajo la fe de juramento, á Sócrates, hijo de Sofronisco, del burgo de Alopece. Sócrates es culpable porque no reconoce á los dioses de la república, y pone en su lugar extravagancias demoníacas. Es culpable porque corrompe á los jóvenes. Pena, la muerte.» Lisias, el mejorador de su tiempo, compuso para él una defensa brillante. El filósofo la rechazó y se defendió por sí mismo con la noble altivez del hombre de conciencia pura.

Expresábase, dice Cicerón, á quien confirman Platón y Jenofonte, «no como un acusado ó como un culpable, ni suplicando, sino como el maestro y juez de sus propios jueces.» Una mayoría de tres votos afirmó la culpabilidad del acusado. Los jueces, aceptando la pena propuesta por la acusación, pronunciaron la muerte.

La víspera del día en que Sócrates fué juzgado, el sacerdote de Apolo había coronado la popa de la galera que llevaba á Delos las piadosas ofrendas de los atenienses, y como la ley prohibía ejecutar ningún sentencia de muerte antes del regreso de la galera, hubo de permanecer Sócrates en la prisión un mes, rodeado de su mujer, de sus tres hijos y de sus amigos, sin perder la calma, con serenidad admirable, hablando con todos, animándoles y dándoles consejos. Su antiguo amigo Critón le propuso la fuga á Tesalia, para la que todo estaba preparado. Sócrates no la aceptó, obedeciendo, según máxima que solía repetir, á la ley injusta, como á un padre poco razonable. En el último día de su existencia habló á sus amigos de la esperanza que tenía de hallar en otro mundo hombres mejores. Luego tranquilo, risueño, sin énfasis teatral, consolando á sus amigos que gemían y al carcelero que lloraba, bebió la cicuta, no sin hacer que antes se alejasen las mujeres.

Los doctores cristianos de los primeros tiempos, de ordinario poco tolerantes con los hombres y cosas del paganismo, se inclinaron todos con cariño ante la memoria de Sócrates, á quien se recuerda naturalmente cuando se busca el tipo de la virtud. San Justino llegó á decir que Sócrates era cristiano, que había conocido á Cristo en parte; Erasmo escribió esta frase: *Sacte Sócrates, ora pro nobis*; y Montaigne declaró que el alma de Sócrates era la más perfecta de que había tenido noticia y que dudaba mucho que hubiese otra semejante.

## Fragmentos

### I

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso  
Cuyo precio es el precio del deseo  
Que en él guardan Natura y el Acaso?  
Si derramado por la edad le veo,  
Sólo en las manos de la sabia tierra  
Recibirá otra forma y otro empleo.  
Cárcel es, y no vida, la que encierra  
Privaciones, tormentos y dolores,  
Ido el placer, la muerte ¿á quién aterra?  
Madre Naturaleza, ya no hay flores  
Por do mi pecho vacilante avanza;

Nací sin esperanza ni temores.  
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

### II

Anciano Anacreón, consagró un día  
Un himno breve á Venus orgullosa.  
Solitaria bañábase la diosa  
En ondas que la hiedra protegía.  
Las palomas jugaban sobre el carro  
Y una sonrisa remedó la fuente;  
Y la Fama cantó que ha visto preso  
Al viejo vate por abrazo ardiente  
Y las aves murmuran de algún beso.

IGNACIO RAMÍREZ.



H. WILKE. — Últimos momentos de Sócrates



Teníamos dispuesto dar en este número una información gráfica de la fiesta modernista dada en Sitges con motivo de la representación de «La Fada»; pero las lluvias de estos días han impedido terminar los grabados para el momento de entrar en máquina LA SAETA, que como saben nuestros lectores, á causa del gran tiraje y del excesivo número de páginas se tira con mucha anticipación. En el número próximo publicaremos aquellos grabados que, aunque pasados de actualidad, sean un recuerdo de aquella fiesta.

Entre otros daremos la vista del teatro del Prado Suburense; el café de «El cau ferrat»; una vista de la playa de Sitges; instantáneas de la llegada del tren que conducía al selecto público que acudió de Barcelona; la estación en el momento de salir los pasajeros; el jardín del teatro momentos antes de comenzar la representación y otras muchas hechas sobre el terreno.

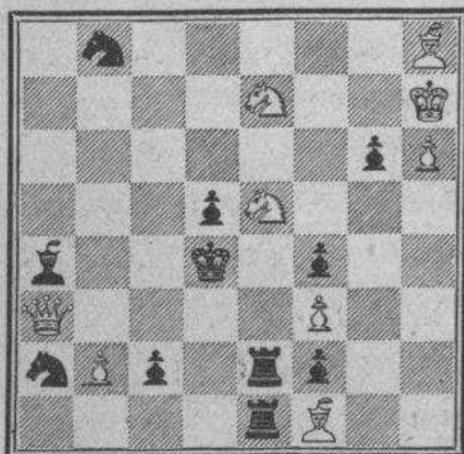
La eminente escritora doña Emilia Pardo Bazán, se ha dignado aceptar la colaboración en LA SAETA. Por atender á sus lecciones en el Ateneo de Madrid y por sus muchos compromisos actuales, no podrá honrarnos con sus trabajos hasta Mayo próximo.

Nuestros lectores están de enhorabuena.

No es esta la última sorpresa que les preparamos.

Problema de ajedrez núm. 3, por J. CARBÓ (Barcelona)

Negras (11)



Blancas (9)

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución del problema núm. 2. — 1 D 6 C R  
(9 Variantes)

—¿No es verdad que estás aquí por haber cometido muchos delitos? preguntábanle á un preso.

—¡Quí! respondió éste: ¡no tal! ¡estoy aquí porque me prendieron!

—De buena gana contestaría á Luís, pero no me pone sus señas.

—¿Tienes más que escribirle diciendo que te las ponga?

—¡Estudad! no para saber más, sino para saber mejor que los otros.

Séneca.

El título de *emperador* se deriva del latín *imperare* (mandar), y lo daban los romanos al general en jefe del ejército, á quien estaban subordinados los demás jefes.

En sentido particular, llamábase *emperador* al que después de haber conseguido una brillante victoria, era saludado con este título por la aclamación de sus soldados y confirmado en él por un decreto del Senado.

Julio César, nombrado dictador perpetuo el año 708 de la fundación de Roma, tomó el título de emperador, que el pueblo le confirió para manifestar el poder soberano que tenía en la república.

La dignidad de emperador fué hereditaria bajo los tres primeros sucesores de aquel príncipe: Octavio Augusto, Tiberio y Calígula, pero después de la muerte de éste, pasó á ser electiva.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR V. SUÁREZ CASAN \* PROPIETARIO PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos  
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado